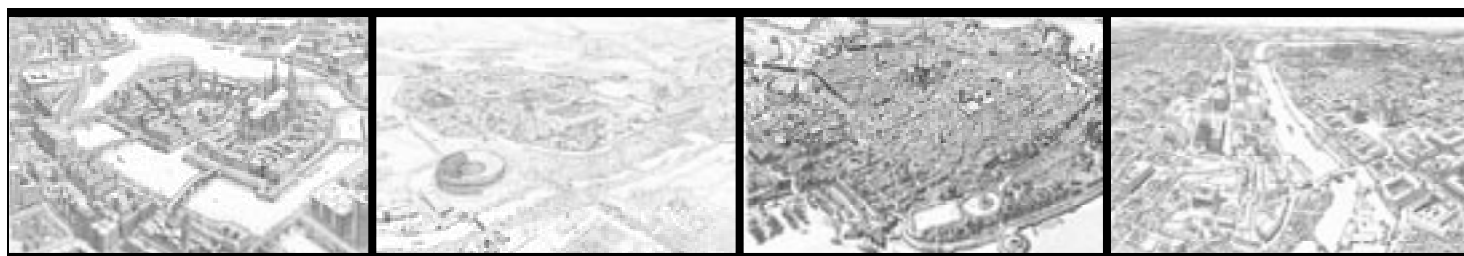


Instantáneas de viaje

Bruce Swansey



Si el viajero no ha de ser turista, le conviene abismarse en la búsqueda de sí. Se va por el mundo como otros en su alcoba, siempre atentos a esa cifra que nos entregue un filón de verdad. A veces eso ocurre con las ruinas, otras con la luz. Con frecuencia nos evade el fragmento que momentáneamente nos permitiría reposar. Pero reemprendemos la marcha siempre dispuestos a vivir como el profeta en Babel, atentos a esa distancia que nos amerita y que nos confirma la vocación del cazador y del arqueólogo. Todo es algarabía o todo silencio. Y entre el polvo recuperamos la sed.

NUEVA YORK

Desde el piso 37 domino el perfil de una ciudad que no es preciso visitar para conocer. El viento en la terraza es tan fuerte que me permite creer que soy capaz de volar. A mi lado alguien está a punto de intentarlo. Lo imito. Contemplo el vacío sin que me conmueva el horror del vértigo. Ya extendiendo los brazos doblándome sobre el barandal del arrecife de hierro. Nos inclinamos, seguros de que no caeremos.

PARÍS

7 Cour des Petites-Ecuries. Ostras. En todas sus manifestaciones, *belos y finte claire*, píldoras de mar en felices nupcias con el Reisling de Alsacia. ¿Podría cualquiera volar en esta ciudad tan exquisitamente terrenal? ¿Podría uno distraerse de este maravilloso cadáver? París previene a cualquier viajero de la muerte, que se reserva para quienes habitan esa constante contradicción entre la belleza de los boulevards y la estrechez de una vida que se ha detenido. El viajero camina, es el cazador de los fantasmas que lo informan. Ve a través de sus ojos. Nada puede intentar que no haya sido perpetrado.

LONDRES

Albión reserva sorpresas. Una de ellas, su voluntad por renovar espacios culturales. La nueva Galería Tate abre un espacio que amenaza devorar a los visitantes, quienes irremisiblemente caerán al lejanísimo techo. Miro a los otros mirar que miran que los miro mirar que miran mirándome que miramos que nos miramos que se

Escritor e investigador, Bruce Swansey realizó estudios de Doctorado en Letras en El Colegio de México, y actualmente prepara una tesis sobre Valle-Inclán en Trinity College en Dublín, donde fue hasta diciembre pasado agregado cultural en la Embajada de México. Ha publicado *Prosas para el boudoir* y el libro de poemas *Humpty-Dumpty*, además de innumerables reseñas y críticas —particularmente de teatro— en revistas y suplementos culturales.



miran que miran las miradas que nos miran y que miramos mirándonos mirar. Me rescato, cierto de que algo de mí ha sido hurtado en ese torbellino de la vista, en el que las obras de arte han claudicado ante la masiva insurgencia de los mirones.

SIRACUSA

Fachadas de palacios sucediéndose uno a otro. Princesas en harapos trastornadas por una muerte incesante que las suspende entre la ilusión y el polvo. Esta ciudad ha olvidado su nombre, indecisa entre las ruinas. Atiende al rito que celebra a los héroes clásicos y se mece en ondulaciones sarracenas. Comulga con templarios y se incorpora, el oído atento al pregón del muecín que al otro lado del mar llama a los fieles. Desgarrada entre Europa y África, Siracusa amanece cristiana con mal apagadas nostalgias de caravana.

DUBLÍN

Puentes que se tienden sobre el río Liffey, en el que anualmente se hace una competencia de robustos e intrépidos nadadores, ya registrada por Jack Yeats en su célebre cuadro, *The Liffey Swim*, de 1923; transeúntes plácidamente sentados en las

bancas del parque de San Esteban, en cuyos lagos recuerdan el origen náutico de la nación; bustos que subrayan la esencia literaria de Dublín vuelta escritura; columnas que se yerguen soportando frontispicios neoclásicos; estratos que se abren al visitante como cifras de otras épocas; momentos de silencio que rechazan todo transcurso afirmando la vigencia del siglo XVIII; contrastante algarabía babilónica que se vuelca sobre calles y plazas; restaurantes que afirman un carácter cosmopolita gobernado por la experimentación y que desafía el aburrimiento de una comida tradicional, sana pero insípida; universidades que desde el siglo XVII proyectan la esperanza de un pueblo en los beneficios de la educación y sobre todo esas instituciones que Irlanda empieza a exportar al mundo que son los “pubs” o *public houses*, donde hombres, mujeres y quimeras conviven en animadas y vibrantes conversaciones. ¿Cómo reducir a unas cuantas frases enumerativas el encanto de una ciudad contraria a las glorias imperiales? Quizás haya una manera de hacerlo: detenerse en los dublínenses, en su calidez, en su cordialidad, en su genuina capacidad para disfrutar una existencia que no siempre ha sido fácil, pero que aún hoy, a fin de siglo, no les impide desviarse de su camino para conducir, auténticos virgilio, al extraviado. Algunos historiadores atribuyen este carácter nacional, en el que el decoro y la cortesía son esenciales, a una historia cruenta en la que la aristocracia local



fue conquistada y despojada por lo menos tres veces. Algunos se exilaron en Francia o en España, pero muchos otros permanecieron en Irlanda, obligados a vivir en la más apremiante pobreza. Expulsados de su mundo original, obligados a vivir como campesinos, esos aristócratas no olvidaron lo que sí podían llevar consigo: educación. Dublín, una ciudad de apenas millón y medio de habitantes, a cambio de la grandiosidad de Londres, de París o de Viena, tiene un encanto peculiar que reside en sus habitantes. La mayoría de ellos jóvenes, puede decirse que hasta 40% son menores de 24 años. Pero el encanto de la ciudad también se confirma en la modestia de su trazo, en sus curvas calles, abiertas aquí y allá en plazas rodeadas de finísimas verjas que aún guardan un jardín y la obligatoria cancha de tenis para los vecinos. Ese encanto también reside en la escala humana de la ciudad, en la posibilidad que ofrece de ser recorrida a pie, y en los carruajes tirados por lustrosos caballos que trasladan turistas por las calles de la vieja ciudad georgiana. Y en un estilo en el que ciertos hoteles ocupan primer lugar como centros de reunión social. Ya desde el avión o bien desde el barco —no hay que olvidar la condición portuaria de la ciudad—, puede percibirse el emplazamiento ideal de la ciudad, que ofrece al visitante una bahía desde cuyos extremos siempre puede tenerse un panorama total de la ciudad, la soledad de las montañas de Wicklow o

playas aisladas apenas a unos minutos de distancia. Y, ya en tierra, no puede ignorarse el cielo, tan bajo que da la impresión de que puede ser alcanzado con la punta de los dedos; en ese gris acerado se abren tajadas de plata capaces de hacer vibrar el intenso verde de prados y arbustos.

MÉRIDA

En Mérida lo mejor son los boleros, esos hombres que se disponen, tranquilos, bajo la sombra de generosos follajes, a emprender la labor diaria de darles a los ciudadanos el lustre que más apetece: la ilusión de tener zapatos nuevos. En Mérida, como en escasas ciudades, uno agradece ese trabajo silencioso que permite, como en París, detenerse y ver a la gente pasar y armar historias con lo que se ve en las plazas.

Mérida es el paraíso recuperado, donde el boticario puede curarte con sólo ver la llaga. Es, también, el infierno de una meseta caliza, sobre la cual el abandono es gracia y tranquilidad y sabiduría. El salvaje preside la ciudad de los más rancios abolengos, y antes y durante y después, las hormigas transforman sus designios. Los escasos palacios neoclásicos —que por fuerza son barrocos— languidecen en la canícula. Y esa tensión entre Europa y el paraíso se advierte en los rostros de quienes se saben inmortales. ①